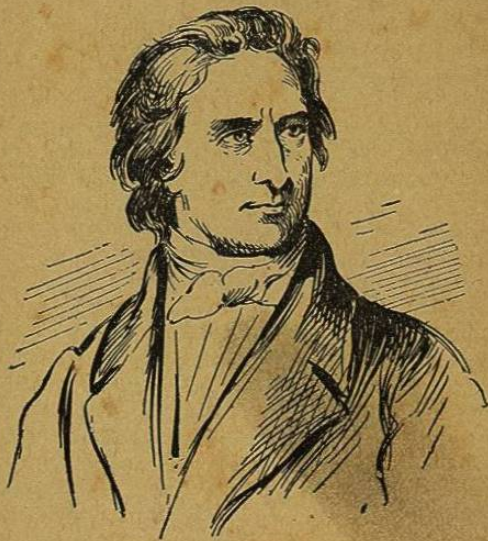


nombrado Meyerbeer: «Es un hombre de algún talento, pero sin genio; vive solitario y trabaja quince horas por día.» Pero si quisiésemos hacer la historia de las duras pruebas que acometieron los genios aun los más poderosos, tendríamos que descender hasta los nombres desconocidos de los que cayeron en este tempestuoso mar, víctimas de la suerte, pero no de su valor, como Chenier y Gilbert al pie del cadalso debatiéndose contra el egoísmo universal. Debíamos hacer comparecer á los que sucumbieron gloriosamente, como Jordano Bruno, que prefirió la muerte á una retractación y se dejó quemar vivo por sus doctrinas astronómicas y religiosas; Campanella, que sufrió siete veces la tortura, siete veces derramó su sangre y sucumbió corporalmente bajo el dolor, y siete veces volvió á sus amargas sátiras contra los inquisidores; Juana de Arco, que salvó la Francia; Sócrates, que salvó la filosofía y prefirió la muerte á una simple retractación; Cristóbal Colón, apisionado, muriendo en medio de privaciones y de tristeza; el anciano Pedro Ramus, degollado como San Bartolomé; todos los mártires del progreso, todos los antiguos mártires de la religión que cayeron en el círculo romano entre las garras de los tigres y los leones rogando á Dios para sus hermanos. A cualquier creencia que perteneciesen estas víctimas sacrificadas por la causa que defendían, sea cual sea el valor real de esta causa, tienen derecho á nuestro profundo respeto, á nuestros homenajes inmortales. Ellas nos demuestran que el hombre no es solamente una masa de materia organizada, y que la energía, la perseverancia, la virtud, el valor y la fe, no son propiedades de la composición química del cerebro. Ellas proclaman desde el fondo de su tumba que los pretendidos sabios que se atreven á comparar el hombre á la

materia inerte, no comprenden el valor del hombre, y que obran en la ignorancia más tenebrosa sobre las verdades que hacen á la vez la gloria y la dicha de las inteligencias.

¿Y creéis aún, que sea necesario interrogar á la



Arago

fama y á la historia para contestar por sobre de tan irresistibles ejemplos á esta ciega pretensión de negar los hechos del orden puramente intelectual, y de hacer tan ligeramente justicia de la moral y de la espiritualidad? No, no es tan sólo en las altas esferas en las que el observador admira estos persuasivos ejemplos. En todas las clases de la

sociedad, desde el príncipe de la ciencia hasta al ignorante, y desde el trono hasta la cabaña, la vida cotidiana ofrece en el santuario de la familia estos mismos hechos de abnegación ó de valor, de paciencia ó de grandeza de alma, de poder ó de virtud, que, aunque sean desconocidos, no por eso dejan de ser, en valor absoluto, tan meritorios y tan elocuentes como los precedentes. ¿Cuántas almas sufren en el misterio, sin atreverse á revelar su dolor á ningún confidente, encorvando su voluntad en la injusticia, víctimas de la suerte y de esa fatalidad impenetrable que pesa sobre tantos seres buenos y justos? ¿Cuántos grandes corazones laten silenciosamente con esas palpaciones que serían capaces de inflamar la palabra y de levantar todo un mundo, si, en lugar de desmayarse en la obscuridad, se dejasen oír en el sol de la fama? ¿Cuántos genios ignorados en el aislamiento infecundo? ¿Cuántas sublimes obras son obradas por manos desconocidas? ¿Cuántas almas santas y puras se consagran sin reserva á una vida entera de abnegación, de caridad y de amor? ¡Y cuántos no reciben más recompensa de la virtud más experimentada, de los sacrificios más perseverantes, de la paciencia más humilde, y de la solícitud más tierna, que la dureza ó la ingratitude de los que aman, y la sonrisa de los pasantes que no comprenden ni la grandeza de semejantes sacrificios, ni el lenguaje de semejantes ejemplos!

El último refugio de nuestros adversarios es de retirarse en el sistema de las disposiciones naturales, y de declarar que todos esos hechos del orden mental no son sino el resultante de las inclinaciones de los espíritus que nosotros admiramos. Si Palissy se obstinó durante diez y seis años en la indagación del esmalte, es porque lo llevaba una inclinación especial. Si Cristóbal Colón no se dejó

desanimar por el escepticismo de sus contemporáneos, ni por la rebelión de sus tripulantes, fué porque la tendencia de su cerebro, estaba irrevocablemente dirigida hacia al nuevo mundo. Si Dante terminó la *Divina Comedia* en las prisiones y en el destierro, fué porque el recuerdo de Beatriz y las guerras civiles de Italia removían su fibra poética. Si Galileo, septuagenario, se vió obligado á arrodillarse, de retractar sus más íntimas creencias, de recitar y de firmar una declaración inicua y de someterse á la sentencia insensata que le obligaron á defender en la tierra, no sufrió tanto como creemos por semejante humillación: tan sólo sintió que sus naturales inclinaciones sufrían una pequeña contrariedad. Si Carlota Corday partió de su país para venir á París á apuñalar á Marat, no fué una persuasión íntima de salvar la patria de su pretendido salvador, sino una simple exaltación del cerebro. Si cuando las monstruosas escenas del Terror, se vió á las mujeres pedir la dicha de morir con sus esposos, y trepar con firmeza los escalones del cadalso; si en todas las épocas de la historia se han visto víctimas ofrecerse voluntariamente á la muerte para salvar á los que amaban ó bajar con ellos á la tumba, también fué por inclinación natural ó un resultado de ciertos movimientos cerebrales. En una palabra, los actos más sublimes de virtud, de piedad filial, de amor, de grandeza de alma, de sacrificio apasionado, son debidos á disposiciones orgánicas ó á algún extravío sufrido en las funciones normales del cerebro. Si Cristo subió al Calvario, tampoco fué el sacrificio de un ser divino, sino el movimiento revolucionario de algunas moléculas imprudentes... Es á esas miserables piedras falsas que se reducen los más ricos diamantes de la corona de la humanidad.

Pero la humanidad no se deja robar así, y no permitirá que una mano profana le arrebathe la corona de su frente. Para sostener estos actos sublimes de energía y de valor, es preciso algo más que una agregación de átomos de carbono ó de hierro, es preciso algo más que una combinación molecular. ¡Atrás! negadores insensatos que pretendéis reducir á estas explicaciones inválidas el valor y la virilidad de la inteligencia. Predisposiciones orgánicas, inclinaciones naturales, facultades del cerebro, educación, ¿qué son todas estas palabras, si nos limitamos á las manifestaciones de la materia brutal y ciega y si se niega la existencia del espíritu? ¿Qué son la química, la física, la mecánica, ante la voluntad de hacer doblar el mundo bajo su ley y que dirige á su gusto la materia obediente? ¿Se atreverá á sostener que el valor moral, el poder intelectual, la afección profunda de los corazones, el entusiasmo de las almas fervientes, la inmensidad de la mirada, de la inteligencia, las investigaciones del pensamiento que sondan el espacio y hacen resplandecer las leyes organizadoras del universo, se atreverá á sostener que las contemplaciones, los descubrimientos y los obras maestras de la ciencia y de la poesía son inexplicables por las transformaciones químicas—y quiméricas—de la materia en el pensamiento? ¿Acaso, para mantener la energía del alma, no es preciso que una fuerza soberana, superior á las modificaciones de la substancia, capaz de dominar todos los obstáculos, y cuyo alcance se extiende más allá de la atención física, sea la misma base de esta fuerza mental, su apoyo y la condición de su poder? ¿Acaso la virtud reside aparte del alma? ¿Del alma independiente que las tergiversaciones del mundo material en nada la desmienten; del *alma espiritual* que oye la voz de la

verdad, y que marcha directamente hacia su ideal, sean cuales sean los obstáculos que se atraviesan en su camino, cualesquiera que sean las dificultades que se oponen á su paso triunfante?

La humanidad entera protesta contra estas locas alegaciones, y protesta, no de ese juicio basado sobre la observación de los sentidos, sino del juicio íntimo basado sobre la afirmación de nuestra misma conciencia. La nacionalidad, el clima, la naturaleza de los alimentos, la educación, no bastan para constituir voluntades inteligentes é insuperables. En el carácter humano, la energía es verdaderamente el poder central, el eje de la rueda, el centro de gravedad. Ella por sí sola es la que le impulsa á sus actos; el alma á sus esfuerzos. Esta fuerza mental es la misma base y la condición de toda esperanza legítima, y si es verdad que la esperanza es el perfume de la vida, el poder mental es bien la raíz de esta planta animada. Aunque las esperanzas son engañosas y el hombre sucumbe en sus esfuerzos, es aún una gran satisfacción para él, saber que ha trabajado para una buena empresa, y que lejos de ser el esclavo del poder material, ha permanecido en las reglas algunas veces arduas impuestas por la honradez. Es un espectáculo más hermoso y más digno de elogios que el de ver á un hombre luchar enérgicamente en la adversidad, demostrar por su ejemplo que una fuerza imperecedera vive en su pecho, oponer la paciencia al dolor, triunfar por la grandeza de su carácter, y, «cuando sus pies sangran y se doblan sus rodillas, andar aún, sostenido por su valor.»

En un orden menos general que el de los grandes hechos que preceden, se han visto ejemplos particulares de voluntades poderosas que efectúan milagros: Nuestros deseos son muy á menudo los precursores de los designios que tenemos la facul-

tad de ejecutar, y muchas veces es preciso una intensa aspiración para transformar la posibilidad en realidad. Si por un lado las voluntades de Richelieu y de Napoleón anulan en el diccionario la palabra imposible, en contradicción, los espíritus vacilantes lo encuentran todo imposible. «Sabed querer fuertemente, decía Lamennais á un alma enferma, fijad vuestra vida flotante, y no la dejéis llevar más á todos los soplos como un tallo de hierba seca.» Nosotros personalmente hemos conocido personas fervientes, llegadas al borde de la otra vida, que ya tenían un pie en la tumba, y que, retrocediendo de horror al contemplar el halagüeño resplandor de la vida que iban á dejar, resolvieron guardar esta vida—y la guardaron.— Estos ejemplos son raros, puesto que no son posibles sino cuando al cuerpo aun no lo ha tocado la mano de la muerte, pero existen. Un escritor inglés, Walker, autor de *El Original* (y que no deja de probar una cierta originalidad por esta determinación), resolvió un día dominar la enfermedad que le abatía, y de conducirse bien, y lo hizo desde aquel momento en adelante. Los faustos militares nos ofrecen el ejemplo de varios jefes que, viejos ó enfermos, enseñaban, en el momento decisivo de la batalla, que sus soldados se retirasen, echándose afuera de sus tiendas, reuniéndolos, conduciéndolos á la victoria, y, luego, algunas veces caían exhaustos y daban el último suspiro. La historia ha registrado un número elocuente de estos rasgos notables. No solamente la voluntad, sino la imaginación misma domina la materia, contradice el testimonio de los sentidos y causa algunas veces ilusiones absolutamente ajenas al dominio físico. ¡Que expliquen cómo un hombre puede morir, cuando habiéndole los médicos suavemente punzado las venas, le hacen

creer que su sangre fluye y que él muere! (Este hecho y otros análogos están judicialmente confirmados). ¡Que expliquen cómo la imaginación se crea un mundo de quimeras que á menudo obra muy activamente en el organismo y la salud!

Finalmente, la voluntad es tan fuerte y tan independiente, las influencias que nos rodean son tan insuficientes para explicar la marcha de nuestra vida intelectual, que la mayor parte del tiempo esas influencias no turban esta vida, y, que al contrario, obramos con un poder tanto más evidente como los obstáculos á vencer son más considerables. Todos los que trabajan en labores del pensamiento, dirán con nosotros, que la época de su carrera durante la cual han trabajado más, fué precisamente aquella en que tenían más dificultades á vencer, y que, si nuestras voluntades, como los ríos, siguen, cuando pueden y cuando los distinguen, los caminos abiertos en su curso, ellas no obedecen por eso á los diques que le son impuestos, se irritan á veces, y se vuelven tanto más poderosas cuanto más alta y más sólida es la barrera que se les pretende oponer. Cuando el éxito y la gloria han venido á coronar nuestros trabajos; cuando, después de la acción largamente sostenida, viene la reacción á invitarnos al reposo, á mecernos y á veces á adormecernos, muy á menudo nos dejamos afeminar en las delicias de Capua, y el ardor precursor de la inspiración no levanta más su aurora sobre nuestra frente. El trabajo personal de la voluntad es la misma condición de nuestro desarrollo.

En una discusión sobre la existencia de la voluntad, la cuestión tan largamente y tan vanamente controvertida del libre albedrío, no puede dejar de poner su punto de interrogación. Nuestros adversarios niegan absolutamente el libre albedrío,

y proclaman, como ya lo hemos suficientemente apreciado, que todas las obras humanas son el resultado necesario de las causas ó de las ocasiones que las han conducido, sin que la reflexión pueda en nada cambiar su curso. El pensamiento no es sino un movimiento material de la substancia cerebral; este movimiento proviene del sistema nervioso que ha sido afectado por un movimiento exterior; el movimiento-pensamiento, resiste á su vez, los músculos, sobre los nervios, y produce nuestras acciones. En toda esta sucesión, no hay sino movimientos materiales transmitidos. Yo me imagino, desde luego, que un cristiano encuentre un holbaquiano en la trastienda de una de esas oficinas cuyo ático está protegido por la clásica estatuita de Hipócrates y que tienen poco más ó menos la conversación siguiente:

—Que el pensamiento sea un movimiento de la materia, dice el segundo al primero, es lo más fácil de demostrar. He ahí, por ejemplo, una locomotora que llega furiosamente sobre vosotros. La visión de esta locomotora, ó, por hablar más físicamente, el rayo luminoso partido de este aparato y que llega á vuestro ojo, excita un cierto movimiento en la expansión de vuestro nervio óptico. Por la intermediación del nervio, este movimiento se transmite al cerebro. Luego el movimiento del cerebro volviéndose causa, pone en acción los nervios que corresponden á los músculos de las piernas, y vuestras piernas se ponen á correr y á llevar vuestra persona fuera de la vía férrea. Es natural, que en esto no habéis usado de ninguna especie de libertad. Vuestras acciones derivan necesariamente de la impresión de la vista de esta locomotora en vuestro cerebro.

—¡ Pero perdonad!, contestará el espiritualista; si, por una fantasía de suicida como hay muchas,

hubiese resuelto de no huir, sino al contrario, de acostarme á través de los rieles y de esperar que la locomotora me pasase por sobre el cuerpo, ¿no sería un acto de voluntad y de libre albedrío por mi parte?

—De ningún modo. En admitiendo que no fueseis un loco, que lenta y friamente hubieseis resuelto y madurado vuestro proyecto de suicidio, ese suicidio sería el procedente de ciertas causas que os habrían conducido á ello. Pues este acto no sería libre.

—Por un instante lo admito para la resolución misma, pues matarme sin causa sería el hecho de un imbécil; pero en cuanto á la elección del género de muerte, ¿no hubiera podido escoger de ahorcarme, de asfixiarme, de envenenarme, de echarme desde lo alto de una torre, de dejarme morir de hambre, de levantarme la tapa de los sesos, de abrirme las cuatro venas en un baño, etc., etc., como también de ponerme á través de los rieles?

—Por nada del mundo. Si es que os decidisteis por el aplastamiento, fué porque viviais cerca de una vía férrea, ó pensabais poder morir más tranquilamente, ó que los otros géneros de muerte os repugnaban, ó, etc.

—Pero en fin, yo confirmo que he escogido...

—¡ Del todo! Ciertos movimientos son operados en el órgano de vuestra reflexión. Este fué causado por el aspecto de un ahorcado, aquél por la *Morgue* (1), este otro por un cráneo destrozado, este otro por un pistoletazo, este otro por las angustias del hambre, etc. Y este es el movimiento que representa el aplastamiento por un vagón, que os pareció menos desagradable, dominó todos los otros y finalmente decidió de vuestra suerte.

(1) Sitio público donde se exponen los cadáveres hallados por la justicia.

—Pero si en lugar de colocarme yo mismo á través de los rieles, tuviese agravios contra mi hermano ó mi hermana, y que esos agravios determinando este mismo movimiento en mi cerebro, con esta simple variedad de significar homicidio en lugar de suicidio, hubiese llevado durante la noche sobre los rieles el cuerpo de esa hermana ó de ese hermano, ¿habría sido libre y sería culpable?

—No entremos en esos pequeños detalles de jurisconsultos, os lo ruego.

—¡Ah! muy bien. Así, pues, volviendo á nuestro suicidio, decís que el que escoge un género de muerte está determinado por alguna causa. Es muy natural, pues de otra manera, y hablando claramente, escoger sin causa determinante sería estúpido. ¿Pero cómo esas causas violentan ellas materialmente?

—Por un súbito revés de la fortuna; figuraos que de repente perdéis vuestra comodidad y vuestro bienestar. Acostumbrado á comer bien, beber bien, y dormir bien, repentinamente os encontráis en la miseria. La decepción de vuestro organismo obra en vuestro cerebro que, percibiendo la perspectiva de sucumbir, prefiere acabar inmediatamente. Esto son siempre movimientos físicos.

—¿Pero cuando son disgustos de familia, penas del corazón, el temor de un deshonor, en una palabra, causas del orden moral?

—El orden moral no existe.

—No esperábamos esta respuesta. ¿Y tenéis la audacia de pretender que sin pruebas no afirmáis nada y que os contentáis con interpretar fielmente la enseñanza de la ciencia? Hagamos el último ejemplo. He ahí mi mano derecha en estado de reposo. Nada me obliga á levantarla. Sin embar-

go, yo lo quiero. Yo la levanto. ¿No es esto una acción libre?

—No. La levantáis por una razón: para convencerme de que sois libre. El deseo de convencerme proviene de nuestra conversación precedente. Esta, de los hechos que la han precedido. Y así sucesivamente hasta vuestro nacimiento. La vida mental como la vida física, ó para decirlo mejor, la única vida, no es más que una sucesión de causas y de efectos, encadenándose naturalmente.

—Ved aun: mi mano está levantada. Yo conduzco por un movimiento curvilíneo el interior de esta mano hacia mi rostro, y la dirijo por el mismo movimiento curvilíneo á aplicar su superficie exterior sobre vuestra mejilla. Y recibís un bofetón. Os enrojecéis, os enfadáis, vuestros ojos se inflaman y os exclamáis. ¡Por favor! ¿Qué tenéis? ¿De qué os asombráis? ¿Acaso no soy libre de daros un bofetón? ¿Y este clac no es la consecuencia inevitable del movimiento de mi mano, de la fantasía del lóbulo cerebral que funciona en la parte superior de mi oreja, hacia las regiones que protegen el apófisis mastoideo y la sutura occipito-parietal, etc., etc., y no se eleva seguidamente hasta al principio del mundo?...

—Verdaderamente, señor, tenéis ejemplos sorprendentes, y mucho os admiro por vuestra proposición. Es muy evidente para mí que todo eso no es sino una consecuencia necesaria del movimiento del *dipotasshydorylhydroxamine* en vuestro lóbulo frontal, y si sucediese que, por efecto de estos movimientos, cogieseis vuestro cuchillo para degollarme, sería inútil de que me formalizase. Pero para acabar con esta discusión, ¿no creéis como Spinosa, que nuestra pretendida libertad no es sino una apariencia, y que «si tenemos conciencia de nuestros actos, no la tenemos de la cau-

sa de nuestros actos?» ¿No admitís como Hume que «el hombre tiene conciencia, no del principio de sus actos, sino tan sólo de sus actos mismos»? Todo movimiento del cerebro viene del exterior, por los sentidos, y la excitación del cerebro, el pensamiento, es un fenómeno material como el mismo movimiento. «La voluntad es la expresión necesaria de un estado del cerebro producido por influencias exteriores. No hay voluntad libre; no hay ni un hecho de voluntad que sea independiente de la suma de las influencias que, en cada momento, determinan el hombre, y ponen, alrededor aun de los más poderosos, los límites que ellos no pueden atravesar.»

Así hablaría, así hablan en realidad los discípulos de Holbach. Según éste: «La libertad no es más que la necesidad encerrada adentro de nosotros mismos. No hay ninguna diferencia entre un hombre al que se echa por la ventana y un hombre que se echa él mismo, sino que el impulso que obra en el primero, viene de afuera, y que el impulso que determina la caída del segundo, viene de dentro de su propia máquina.» Hay algunos casos perentorios en los que creemos confirmar el libre albedrío, por ejemplo, en la acción de un hombre que alterado de una gran sed, en el momento de llevar el vaso á sus labios, se detiene porque le han dicho que el agua está envenenada. Parece que no tenemos razón en creer que ese hombre se detiene libremente. «La voluntad ó más bien el cerebro, se halla entonces en el estado de una bola que, aunque haya recibido un impulso que lo persigue en línea derecha, cambia de dirección desde el momento que una fuerza superior á la primera la obliga á ello.»

Holbach nos ha ofrecido una forma aritmética de la libertad. «Las acciones del hombre están

siempre en razón compuesta de su propia energía y de la de los seres que obran en él y que lo modifican.»

Nosotros contestamos á esta negación completa de la libertad por una doctrina que, sin investirtos de una libertad absoluta, puesto que las influencias exteriores obran constantemente para minorar este absoluto, nos da sin embargo una libertad real, una responsabilidad íntima, un libre albedrío incontestable. El asunto es más complejo de lo que les parece á los profanos, y tenemos una manifestación permanente de su dificultad en la sucesión secular de las religiosas que traquean entre el fatalismo y la gracia divina. Mahoma enarbola la bandera del fatalismo. Calvino no ve más que la predestinación; Lutero proclama el absoluto libre albedrío. Parece que entre los dos extremos reside la verdad. El número de libros teológicos escritos sobre las variedades de la gracia divina no puede contarse, y se comprende en nuestra época que todo eso es tiempo perdido, como el que se presta á estos géneros de indagaciones. Pero puede ser muy útil saber á qué atenerse respecto á la libertad. Eso es por lo menos lo que nosotros pensamos, como Spurzheim, que ha escrito sobre esta cuestión algunas juiciosas páginas, y que razona como sigue, sobre este asunto tan controvertido.

La palabra libertad es empleada en un sentido más ó menos extenso. Hay filósofos que conceden al hombre una libertad *ilimitada*; según ellos, el hombre crea su propia naturaleza; se proporciona las facultades que desea, y obra independientemente de toda ley. Una tal libertad está en contradicción con un ser creado. Todo lo que en su favor puede decirse, se reduce á enfáticas declara-

ciones, vacías de sentido y desprovistas de verdad.

Otros admiten una libertad absoluta en virtud de la cual el hombre obra sin motivo. Pero esto es suponer un efecto sin causa, ó exentar el hombre de la ley de la causalidad. Esta libertad sería contradictoria á ella misma, pues el hombre podría, en un caso dado, obrar razonablemente ó desrazonablemente, bien ó mal, pero siempre sin motivo. En fin, todas las instituciones que tienen por fin el bien de la sociedad y del individuo serían inútiles. ¿De qué servirían las leyes, la religión, los castigos, las recompensas, si nada determinase el hombre? ¿Por qué esperaríamos de alguien amistad y fidelidad antes que odio y traición? Las promesas, los pensamientos y los votos quedarían sin efecto. Una tal libertad no tiene nada de real, no es más que especulativa y absurda.

Al contrario, es preciso reconocer la existencia de una libertad que está de acuerdo con la naturaleza del hombre, una libertad que la legislación supone, una libertad según los motivos.

La verdadera libertad está fundada en tres condiciones. Desde luego es preciso que el ser libre pueda escoger entre varios motivos. Siguiendo el motivo más poderoso, ú obrando tan sólo por satisfacción, no obra con libertad. La satisfacción no es más que una falsa apariencia de la libertad. La oveja que paca la hierba con placer no hace un acto de libertad, y el animal ó el hombre que sigue el más enérgico deseo, no es libre tampoco. La principal condición de la libertad es la inteligencia ó la facultad de conocer los motivos y de escoger entre ellos. Cuando más activa es la inteligencia, más grande es la libertad. Los idiotas de nacimiento, los niños antes de cierta edad, poseen al-

gunas veces deseos muy enérgicos, pero no son considerados como libres, puesto que no tienen bastante inteligencia para razonar y determinarse. Los hombres que han recibido una buena educación, ó que están dotados de una alta inteligencia, son más vituperables por sus faltas, que los seres ignorantes y estúpidos. A medida que los animales se elevan á más altura en la serie de las facultades intelectuales, son más libres y modifican más personalmente sus acciones según las circunstancias exteriores y las lecciones de la previa experiencia. Si se emplea la violencia para impedir á un perro que persiga á una liebre, se acuerda de los golpes que le esperan, y aunque el ardor de su deseo le cause temblores, no se atreverá más á su persecución. El hombre, superior á todos los animales de la escala zoológica, es por su misma naturaleza el ser que goza la libertad en el grado más eminente; él busca por sí sólo el encañamiento de las causas y de los efectos, sabe comparar el presente con el pasado y sacar conclusiones para el porvenir; pesa el valor de los motivos y fija su atención en los que le parecen preferibles; conoce la tradición; su razón decide y forma la voluntad clara, que muy á menudo está en contradicción con los deseos.

Una última condición de la libertad, es la influencia de la libertad sobre los instrumentos que deben efectuar sus órdenes personales. El hombre no es responsable de sus deseos, ó de sus facultades efectivas, que no dependen de él. La responsabilidad del individuo principia con la reflexión y con el poder que le es dado de obrar voluntariamente. En el estado de salud, los instrumentos de las acciones están bajo la influencia de la voluntad. El hambre es involuntaria, pero si teniendo hambre no como, ejerzo la influencia de mi volun-

tad sobre los instrumentos del movimiento voluntario. Si esta influencia de la voluntad está perdida, el hombre no es más libre. Esto es lo que sucede muy á menudo á los alienados, que sienten deseos, reconocen su inconveniencia, y los vituperan por su razón; pero ellos no sienten la fuerza de reprimir sus movimientos voluntarios, y piden aún algunas veces abandonarse.

La libertad moral es la misma base de la sociedad, y si esta libertad no es sino una ilusión, el género humano entero, lo mismo las turbas inferiores que se abren solamente al conocimiento de la verdad como las civilizaciones más adelantadas, que cultivan las ciencias y gobiernan la materia, lo mismo los pueblos que vivieron hace dos mil años que en los que somos contemporáneos, el género humano entero, decimos nosotros, es la burla del horror más colosal que ha existido y penetrado en la senda más falsa y más injusta que se pueda imaginar. ¡Qué decimos, injusta! Esta misma palabra no expresa absolutamente nada en este sistema, y puesto que el bueno y el malo ya no existen, puesto que ya no hay orden moral, es evidente que todas las palabras que se aplican á la descripción de este orden, todos los pensamientos, todos los juicios no tienen ninguna razón de ser. So pena de hacer abstracción de su conciencia no se pueden consentir semejantes conclusiones. «Cualesquiera que sean las conclusiones teóricas á las cuales los lógicos alcanzan sobre la cuestión del libre albedrío, dice Samuel Smiles, sentimos todos perfectamente que somos prácticamente libres de escoger entre el bien y el mal; que no somos como el tronco que echado al torrente no puede menos que seguir el curso de las aguas, sino que tenemos en nosotros los recursos del nadador, y que podemos escoger la dirección

que nos conviene, luchar contra las olas, y, á despecho de la corriente ir á donde nos place. Ninguna fuerza absoluta pesa sobre nuestra voluntad, y sentimos y sabemos que en lo concerniente á



Jenner

nuestras acciones, no estamos encadenados por ninguna suerte mágica. Todas nuestras aspiraciones hacia lo hermoso y el bien, quedarían paralizadas, si pensásemos de otro modo. Todos los negocios y toda la conducta de la vida, nuestros reglamentos domésticos, nuestras disposiciones

sociales, nuestras instituciones públicas, están basadas sobre la noción práctica del libre albedrío. Sin esto ¿á dónde estaría la responsabilidad? ¿Y de qué serviría enseñar, aconsejar, predicar, reprender y castigar? ¿De qué servirían las leyes, si no fuese la creencia universal, como lo es el hecho universal, que depende de los hombres y de su determinación individual el conformarse ó no?» El hombre que manifiesta el más alto valor moral es aquel que se observa él mismo, dirige sus pasiones, vive según la ley que le es impuesta, estudia sus aptitudes y sus defectos. He ahí verdaderamente el hombre: la libertad es su grandeza. Pero si el hombre no fuese libre, no le sería permitido tener hambre ni sed, sin comer ni beber, ni de dominar en nada las tendencias de su cuerpo. El orden social no estaría constituido. Pero para afirmar nuestra libertad no tenemos necesidad de ninguna prueba exterior. Nadie lo sabe mejor que nuestra propia conciencia. Esto es lo único que es completamente nuestro, y la buena ó mala dirección que le damos no depende en definitiva más que de nosotros. Nuestras costumbres y nuestras tentaciones no son de ningún modo nuestras dueñas, sino nuestras servidoras. Aun cuando nosotros cedemos, nuestra conciencia nos dice que pudiéramos resistirnos, y que para salir de este conflicto, no es preciso una resolución más fuerte que la que somos perfectamente capaces de tomar, si queremos hacer un acto de voluntad. Es por el libre uso de nuestra razón que nosotros nos hacemos lo que somos. Si ella no se inclina sino á los goces sensuales, una fuerte voluntad es un demonio cuya inteligencia se convierte en una vil esclava; pero dirigida por el bien, esta misma voluntad es una reina que tiene por ministros nuestras facultades intelectuales y que preside al desa-

rollo más elevado de que sea capaz la naturaleza humana.

Este pretendido ateísmo científico, tiene la misión de destruir todos los caracteres de la grandeza humana. Pero no puede conseguir que el alma no afirme su valor, que no domine la materia, que no haga por sí sola su medio y su clima. El no se da cuenta de que si la personalidad del hombre fuese el resultado de las influencias fatales de la naturaleza, el niño y el salvaje, que estas influencias gobiernan más exclusivamente, serían más hombres, más completos, que el sabio, el pensador, el artista. Una tal consecuencia destruye por sí sola el principio de nuestros adversarios.

Moleschott se ríe inconsideradamente del espiritual y espiritualista químico Liebig, porque este sabio pensador ha escrito las frases siguientes: «El hombre tiene un cierto número de necesidades que toman su origen en su naturaleza espiritual y que no pueden ser satisfechas por las fuerzas de la naturaleza física; estas necesidades son las diversas condiciones de sus funciones intelectuales.» Es muy claro, contesta Moleschott, que *estas palabras no tienen ningún sentido*. La ambición humana se puede imaginar un fin más orgulloso que la pretensión de elevarse á las necesidades que no pueden ser satisfechas por las fuerzas de la naturaleza.

Sin duda el autor de *La circulación de la vida* no ha sentido nunca esas aspiraciones superiores á la naturaleza física y á las fuerzas que la rigen; no ha contemplado nunca el ideal del bien y de lo hermoso; no ha salido nunca del círculo de las funciones corporales: asimilación y desasimilación animales. Si esto es verdad, le compadece-
mos, y nos apenamos de saber que existen en la humanidad pensante seres, para los cuales el mun-

do intelectual está enteramente cerrado. Pero yo me dirijo á vosotros, espíritus pensativos que leéis estas líneas, cualesquiera que seais, hombres ó mujeres, viejos ó niños, jóvenes ó doncellas: ¿Estáis de acuerdo que nunca las necesidades del alma, los sentimientos del corazón, las aspiraciones del pensamiento, tienden á un fin ajeno y superior á las manifestaciones materiales de la naturaleza? ¿Creéis que todas las tendencias de nuestra persona humana estén encerradas en el círculo de la sensación y del sensualismo? ¿Si habéis amado, en las encantadoras horas de la aurora de la vida; si los sueños de vuestra primavera han mecido con sus alas un ser ideal que vuestra alma rodeó de abrazos; si el sueño de vuestros tiernos años os ha dejado entrever, aunque tan sólo por un instante, una estrella verdaderamente celeste en su aureola atractiva: pensáis que sea verdad el tomar las palabras de Chamfort como la expresión de la realidad, y que el amor no sea otra cosa más que un «contacto de dos epidermis?» ¿Si habéis estudiado las obras de la naturaleza, el Cielo, en el cual gravitan armoniosamente numerosos mundos en el seno de la luz y de la vida; la Tierra, que ve suceder á su superficie los brillantes conciertos de las manifestaciones de la fuerza vital; la atmósfera cuyas leyes periódicas gobiernan el régimen general; las plantas, adorno y perfume de la tierra, base del edificio de las existencias; los seres vivientes, cuya construcción demuestra á cada paso la maravillosa adaptación de las funciones á los órganos; si habéis estudiado las grandes leyes y el mecanismo general de esta naturaleza tan rica y tan fecunda, sois vosotros los que rehusáis de saludar del fondo de vuestra alma la inteligencia suprema que tan imperiosamente se manifiesta debajo el velo de la materia? ¿Si du-

rante el elocuente silencio de las estrelladas noches, vuestra alma se ha dejado llevar en un inmenso vuelo hacia esos lejanos hogares de una vida desconocida, si os preguntáis á veces cuáles pueden ser las formas de la vida futura, y si habéis sentido que el ideal de nuestras aspiraciones no se encuentra realizado en este mundo, no os habéis conmovido ante la idea del infinito y de la eternidad que nos espera? ¿Si habéis sido testigos de las obras sublimes de sacrificio y caridad que vierten el bálsamo de la consolación sobre los corazones que sufren, que hacen esperar á los proscritos de la tierra una justicia en el cielo, que sostienen los vacilantes pasos del herido, que se consagran con la pasión del amor al alivio de las miserias terrestres, no habéis reconocido que el sensualismo y la indiferencia egoísta no encierran el corazón del hombre? Si alguna tarde habéis sentido la embriaguez de la música, abandonando vuestra alma al arrullo de esas obras maestras cuyos ilustres maestros han encantado el viaje de la barca humana, ¿no habéis pensado cuáles son las palabras, cuáles son las armonías que nuestra oreja no ha oído, y que las melodías terrestres son un eco muy débil? ¿Si habéis vivido la vida del alma, en fin, esta vida que se deja perturbar por las penas del corazón y que sin embargo sabe también hollar á sus pies las preocupaciones vulgares y dominar gloriosamente las nonadas materiales; si habéis andado con la cabeza alta y la frente levantada hacia al cielo, no habéis comprendido que es una verdad decir que la inteligencia ve más lejos que la materia, que el alma tiene otras necesidades que el cuerpo, y que nuestra dignidad moral no conoce el polvo de las plazas públicas, en las que los saltimbanquis divierten á un pueblo de bausa- nes con los juegos de física divertida?

Si, tal como lo hemos visto, la ciencia del mundo físico pierde, en la hipótesis de la no existencia de Dios, á la vez su base y su luz, y cae en la incapacidad absoluta de explicar la inteligente construcción del universo, la ciencia del mundo intelectual pierde aún más completamente su vida y su existencia. La verdad, lo hermoso, el bien, están desvanecidos. ¿En qué tinieblas se sumergen entonces los antiguos principios de la filosofía, de la estética y de la moral? ¿La contemplación de las eternas verdades no es más que un sueño? ¿El sabio, el pensador y el artista, tropiezan en la obscuridad y en el caos? En vano se pretenderá que el arte no tiene otro objeto, ni otro fin que la representación de las formas agradables, y que la escultura, la pintura, la música, no tienen otras razones de ser que de encantar nuestros sentidos. ¡Error, error profundo! ¿Cuál es la belleza que el alma contempla en las obras maestras de la estatuaría, del dibujo, de la armonía? ¿Cuál es la belleza que nos seduce á través de las luces y de las sombras de los ensayos precederos? ¿No es la belleza ideal, la verdad misteriosamente oculta la cual nuestro ser anhela y busca en todas las imágenes? ¿No es el ideal puro, inefable, traslúcido, soberano, amante irresistible, todopoderoso seductor de las inteligencias? En el arrullo de la más voluptuosa melodía, está el sueño que nosotros seguimos y no las ideas del autor; y esto es el gran encanto de la música. La humanidad se ha elevado por sobre de las otras especies terrestres tan sólo por su permanente ascensión hacia un ideal. El arte sería un mito, si su origen no residiese en la belleza suprema. Esto es sobre todo, que el hombre se traduce por caracteres que no pertenecen á la materia, concerniente á la esfera del infinito; esto es sobre todo, que está en comu-

nicación con los esplendores impercederos y que los fija para siempre en inmortales obras maestras... Yo tengo delante de mí el polvo vil, la materia inanimada, un pedazo de arcilla. Mi alma inspirada ha concebido el tipo visible de una virtud sobrehumana, la manifestación del heroísmo, del sacrificio, del amor, de la adoración. ¡Arcilla, tierra recogida en alguna húmeda fosa, en ti yo veo transfundir la inspiración de mi alma! ¡en ti mi inteligencia va á encarnarse! ¡en ti, el tipo sublime que mi espíritu contempla, va á manifestar su visible esplendor! ¡en ti van á conmoverse las palpitations de mi pensamiento! ¡y mientras que mi despojo miserable, caído en una ignominia sin nombre, habrá desaparecido desde largo tiempo del reino de los vivientes, mientras que mi nombre tal vez estará borrado desde largo tiempo de la historia de las generaciones, aun dentro de cuarenta siglos, los ojos que te contemplaron, contemplarán mi pensamiento! ¡y ante mí se inclinarán todas las almas, para saludar la virtud divina, un rayo de la cual, formó tu aureola impercedera!

El heredamiento más glorioso de la naturaleza humana no será más que un señuelo en la teoría mecánica del universo. La Verdad y el Bien desaparecerán como lo Hermoso. En vano nuestros adversarios nos oponen su conducta ejemplar é inatacable. No se trata en esto de las inconsecuencias de su manera de vivir, sino de las consecuencias de su doctrina. Pues bien, lógicamente, sin contradecir su propio principio, el ateísmo no puede constituir una moral. «El materialismo, dice juiciosamente Patuel Larroque, no sirve nada más que para quitar de la vida todo lo serio y todo valor... para dar razón á esos hombres, los más despreciables de todos, que hacen consistir la habilidad en explotar lo más seguramente posible las

miserias y las flaquezas morales de sus semejantes.»

No por esto creemos que todos los materialistas son hombres corrompidos, y no formamos parte de los que les acusan de vivir «abismados en la embriaguez de la perversión.» Nosotros conocemos hombres y mujeres cuya vida honrada y sin tacha es un modelo de moralidad, aunque no creen en la existencia de Dios ni en la existencia del alma. Pero no podemos menos de confesar que en su propio sistema, esta honradez proviene de su temperamento, y que si son justos y buenos, si tienen conciencia, si son benévolos y afectuosos, si se resisten á ciertas desastrosas pasiones, si alivian la miseria, si prefieren la integridad y la pureza á las riquezas equívocamente adquiridas, no es á su sistema al que deben este valor moral, sino á una convicción íntima, que les guía sin que ellos se den cuenta, y que protesta contra sus palabras y su filosofía. No son morales *porque* son escépticos; lo son *aunque* escépticos. Y en realidad, ¿qué es esto más que una moralidad sin base, sin razón y sin objeto?

Ciertamente, nosotros creemos en una moral independiente del catolicismo, del cristianismo aun, y en general de toda forma religiosa; pero no creemos en una moral independiente de la idea de Dios. Si tan sólo existiesen las verdades del orden físico, si las verdades que tenemos por pertenecientes al orden moral no fuesen sino mitos, confesamos que á nuestros ojos la moral sería una utopía, y la honradez una necesidad.

Pero hay otras afecciones que las de la materia. «El hombre que pasa sus días en una condición soportable, ó más bien, que no consume todo su tiempo en prevenir á su existencia física, dice un gran astrónomo, experimenta necesidades en las

que los sentidos no intervienen; experimenta penas, goces, que no tienen nada de común con las miserias de la vida. Y si alguna vez esas penas, esos goces, se manifiestan con una cierta fuerza, no puede confundirlas con las que proporcionan los apetitos animales: él siente que son de otra especie, que pertenecen á un orden más elevado. Esto no es todo. El hombre no es solamente sensible á los juegos de la imaginación, á los deleites de las costumbres sociales, lo es también á su naturaleza especulativa. El no contempla este mundo, los objetos que le rodean, con un frío asombroso, como una serie de fenómenos de los cuales no se interesa más que por las relaciones que tienen con él. El los considera como un sistema dispuesto con orden y designio. La armonía de las partes, la sagacidad de las combinaciones le causan la más viva admiración. El es así conducido á la idea de un poder, de una inteligencia superior á la suya, capaz de producir, de concebir todo lo que ve en la naturaleza.

»El ve que todo lo que la más larga vida y la más firme inteligencia pueden permitirle descubrir por sus propias investigaciones, ó concederle tiempo para aprovecharse de las de otro, le conduce á lo más á los límites de la ciencia. ¿Es asombroso que un ser así constituido acoja de momento la esperanza, y tenga luego la convicción de que su principio intelectual no seguirá el destino de la envoltura que lo encierra, que el uno no acabará cuando el otro se disolverá? ¿Es asombroso que se persuada que lejos de extinguirse pasará á una nueva vida, adonde, libre de esos mil estorbos que detienen su vuelo, dotado de sentidos más sutiles, de más altas facultades, beberá en esta fuente de inteligencia que tan alterada estaba en la tierra?»